se sumergió de súbito... desapareciendo para siempre... En ese mismo instante, un águila colosal, soberbia, de anchas alas rojas, fué á posarse sobre el *tenochtli*... inclinó hacia los arroyuelos la cabeza y hundiendo la garra extrajo larga, epiléptica y verde culebra... extendidas las regias alas, una garra sobre el tunal, la otra extrangulando el reptil, á lentos y graves picotazos, el divino *Cuauhtli* gloriosamente devoró su presa.

IX

¡Era el gran signo!... *Atexcatl* y *Xomimitl* miraron absortos el águila suprema, el *tenochtli* simbólico, la culebra que era el corazón del traidor *Caopil*, el *mexica* que vendió á los suyos en Chapultepec, delatando á *Huitzilihuitl*—los arroyos azul y rojo—y el frondaje de sauces blancos que circundaban el manantial.

¡Ahí debía fundarse la *Gran Tenochtitlán!*

Surgió el esqueleto de la víctima...

Un sueño de Ahuizotl

I

Aquel día la serie de sacrificios en el gran Teocalli, había tenido una rápida imponente desfloración de corazones, arrancados en verdaderos ramilletes rojos, que fueron ofrecidos ante el sombrío Huitzilopochtli...

¡Cuánta sangre se derramó!

Los sacerdotes permanecieron en éxtasis mirando correr los ríos escarlata, calientes y humeantes, por las suntuosas graderías del templo del Dios de la Guerra.

Los atroces victimarios vestidos con grandes talares—horriblemente negros,—negros desde el rostro hasta los

pies, ungidos con el hullisacro de las ostentosas ceremonias regias, impregnados de sombra, horrorosos cual siniestros hijos de la noche, estaban jadeantes de fatiga, de la lúgubre fatiga de arrancar entrañas á las pobres víctimas hacinadas... ¡Y no podían más!

Los corazones arrancados á los millares de prisioneros que se almacenaban en montones en las antiguas galerías que fuera de la ciudad, en los islotillos de la laguna, hubiera en un tiempo edificado Tizoc para guardar en ellas las riquezas del botín de la guerra... ¡Ah! los corazones enemigos se habían amontonado en altísimas pirámides y sobresalían tétricas y horribles, de los muros de los amplios patios del Teocalli.

Y hubo un instante en que rebosaron tanto, que ya no pudo haber galerías, ni terrazas, ni salones capaces de contener tanta carne destinada al sacrificio... ¡Tantas eran las montañas que destilaban sangre y entibiaban la fría atmósfera del templo con sus trágicas emanaciones nauseabundas.

El rojo Ahuizotl, el formidable, el lúgubre y audaz Emperador guerrero, había acumulado prisioneros de todas las naciones, de todos los cacicazgos y señoríos subyugados por sus ejércitos.

Logró henchir y hacer rebosar la gran Tenochtitlán, con las inermes y afligidas huestes de los vencidos.

No, no bastaron los sacrificadores todos del Imperio Mexica para realizar el ansia suprema del sacrificio sangriento que quería ofrendar Ahuizotl ante Huitzilopochtli.

II

Y tan fué así, que los mismos educandos jóvenes nobles del Calmecac, fueron habilitados para oficiar de sacrificadores. En el inmenso Teocalli y en las amplias plataformas de la gran ciudadela de las Aguilas, consagradas al Sol con la sangre fresca y purpúrea, hubo la irradiación á

la luz del astro de sus trágicas irisaciones, en tanto que el pueblo rugía atrozmente, aclamando la matanza que Ahuizotl presidía triunfal.

III

Primero el gran Tecuhtli, después los príncipes de su familia y luego las mujeres favoritas de sus serrallos, convirtieron el santo alojamiento en regia sala para probar de los manjares horribles de los corazones, servidos piadosamente por los pontífices, sacerdotes y venerables maestros del Teocalli y del noble Calmecac y del marcial Tepuchcalli; y habiendo aún inmensa cantidad de entrañas palpitantes, se amontonaron en espantables pirámides para que las devorara el pueblo, cumpliendo así la voluntad divina del Dios muy adorado por Ahuizotl; Huitzilopochtli quedaría satisfecho.

¡Mas no se agotaban las montañas del palpitante pueblo vencido, en consecuencia, con reconcentrada ira bárbara del rey; no se había logrado aún sacrificar en un mismo día todas las víctimas; y lo que era peor, ni aún todos los macehualles viles plebeyos de Tenochtitlán, podrían devorar todos los corazones arrancados de tantos pechos inocentes! ¡Oh, caso inaudito!

Había demasiada sangre.

IV

Pero el tétrico joven Ahuizotl había ofrecido solemnemente al Dios de la Guerra una inmensa torre de corazones, para el día en que se desposara con la hermana de un misterioso rey á quien había él mismo domado en sus posesiones, allá muy lejos, más allá de los valles del Norte, sobre montañas bárbaras, vestidas con enormes ropajes de esmeralda, ostentando maravillosísimos bosques inextricables.

Cuando Ahuizotl era sólo un príncipe guerrero, un cua-

hutlí soberbio y bravo que muerto el tlacatecatl de la guerrera expedición que iba en son de conquista hacia las regiones del Norte, tomó el mando del ejército que había llegado hasta la falda de las sierras donde se trabó una batalla indecisa.

Los habitantes de las montañas se retiraron hacia las cúspides, ó se emboscaron en las selvas de los valles llevándose millares de prisioneros aztecas de los más nobles y más principales jefes.

Por otra parte, Ahuizotl, al abatir con su larguísima y rica macana á un bárbaro chichimeca, apenas cubierto con la piel de un oso, sintió que atravesaba su pecho ancho cuchillo de aguzado pedernal, y vió cómo rodaba al abismo de un barranco el vencido guerrero serrano, y al instante, sintiéndose herido el príncipe, sujetó con su robusto brazo el cuello del enemigo que tan certero golpe le asestara; iba á precipitarle también: pero, estupefacto, contempló una gallarda mujer que le desafiaba, marcialmente bella.

No la mató.

De un alarido hace venir á los suyos, ordena que la aprisionen y va á seguir el combate cuando comprende qué la batalla se ha perdido, y hé aquí que al fin se retira abandonando á los enemigos la flor y nata de sus vaovisques, llevando tan sólo como precioso rehén, á la bella mujer, á la marcial guerrera.

V

Regia y bárbara pasión Ahuizotl sintió por ella; pasión de Emperador por una explendente reina de salvaje y feroz hermosura; una de esas pasiones fatales que hacen rodar un imperio al abismo, sólo por el relámpago de una mirada.

Se amaron, se prometieron amarse y ser esposos un día Roca Florida y Ahuizotl.

VI

—Te devuelvo á los tuyos; ellos me entregarán mis nobles, tú serás reina y cuando yo sea Emperador vendrás á dominar conmigo á los que huellen Tenochtitlán... ¿Quieres?

—¡Oh gran Tecuhtli! ¡Oh gran señor! ¡Oh mi señor muy amado y único! Has derribado á mi hermano que era el poderoso dominador de estas vastas sierras á donde los tuyos no han podido recoger, sino corazones muertos... Yo te amo; déjame regresar á mis montañas y te enviaré en cambio tus bravos vaovisques; pero prométeme que ya no nos turbarás con el estruendo de tus huehuetls...

Yo iré un día con mis amigos y servidores á ser tu esposa si quieres; pero iré pacíficamente; después tornaré á mis sierras.

—Así será,—contestó el Tecuhtli guerrero mirándola con intensa pasión.

Al siguiente día la multitud de vaovisques, cuahutlis, ocelotls y demás guerreros mexicas volvían á sus campamentos y á las intrincadas marañas graníticas de las sierras.

Ella tornó grave, triste y altiva, envuelto el torso en gruesa piel de oso, bajo una fría lluvia invernal.

VII

Ahuizotl regresó avergonzado con sus ejércitos á Tenochtitlán; pero prometió asegurar al Anahualt el tributo de los orgullosos montañeses del Norte... Y al fin, después de ser erigido soberano, recibió con gran pompa á la preciosa reina Roca Florida.

Mas como el rey iba á desposarse con Mistlixóchitl, princesa de Tlacopan, fingió recibirla bien para después

abandonarla ó recluirla con las demás mujeres de su gran Tocpam.

Pensaba envenenarla dándola á beber diluida en licor de maíz, una florecilla aromática que le habían traído de las selvas de Oaxaca... La embriagaría, y al expirar, habría de arrancarle el reino de las montañas del Norte.

El malvado vió realizarse su proyecto. En la feroz orgía, cuando las danzas arremolinaban tempestuosamente los oleajes de regias vestiduras, plumazones, conchas, nácares, caracoles y tintineles de oro y plata; cuando se habían vaciado las preciosas jícaras embriagando á los danzarines, Roca Florida, habiendo bebido por última vez, comprendió que iba á morir.

Y así, presa de tremenda indignación, gritó:

—¡Cruel y falso Ahuizotl, me has engañado: yo era libre, soberana, noble, rica y adorada como una diosa. Por tí perdí la riqueza, el poder, la gloria, la ternura y la vida. Yo te hice muchos bienes, te cedí mi reino, salvé tus orgullosos vaovisques, á tus ancianos y sacerdotes; te dirigí salvo á través de la sierra, y perdonándote la muerte de mi hermano, creyendo que cumplirías tus promesas, vine á ser tu esposa. Ya sé que voy á morir; pero mi cuerpo se ha de levantar á tocarte: mi boca te besará y ¡cruel! tu nombre será el nombre del horror y para siempre el símbolo de la perfidia, de la persecución injusta, de la traición y de la infamia. ¡Ahuizotl! tu nombre será escarnecido y odioso para siempre, y mi cuerpo, aún en huesos, se levantará el día de tu apoteósis para maldecirte más!

VIII

Ahuizotl ordenó que el cadáver de la infeliz reina de las montañas, fuese arrojado á las aguas del lago; y al día siguiente fué cuando hizo que fuesen inmolados los millones de víctimas en el gran Teocalli, ordenando que se levantaran aquellas horribles pirámides de corazones, y entonces fué cuando se cansaron los sacerdotes sacrificadores de tanto arrancar entrañas.

¡Era preciso cumplir la ofrenda al Dios de la Guerra; se había casado con la hija de aquel poderoso Tecuhtli de la sierra y hasta más allá de los valles del Norte yerguen sus blancos picachos, habría de levantarse la siniestra torre de corazones!

Y llorar el amor y la muerte de Roca Florida, y sordos remordimientos turbaban sus noches y eran más terribles mientras en los días las hecatombes se huracanaban más atrozmente sanguinarias.

Recordaba las palabras de la valiente virgen guerrera, de la gallarda princesa de las montañas, y en sueños Ahuizotl oía su anatema.

IX

Veíase en el patio de un gran Teocalli: príncipes y sacerdotes iban á presenciar el sacrificio que por el fuego consumiría á la bella princesa y sobre la redonda piedra alzábanse las almas, cuando de súbito ¡horror! surgía el esqueleto de la víctima clamando: ¡Ahuizotl... maldito sea eternamente tu nombre!

. . . . . .

Tales eran sus pesadillas... mas no por eso el sombrío monarca contuvo sus crueldades. Desde entonces, más que nunca, los sacrificios sangrientos anegaron en rojas oleadas la opulenta Tenochtitlán cuyos hijos, más tarde, cumpliendo el anatema de la princesa, maldijeron para siempre su nombre, símbolo del horror.

Sacrificio de la víctima prometida

Cihuacoatl

I

Los ejércitos que el joven Tizoc conduce á la guerra santa para proporcionarse prisioneros que sean víctimas en el grandioso ceremonial de la consagración regia, se han extraviado totalmente en las sierras abruptas que atraviesan.

¿Por qué han huido sus genios?

¿Por qué le abandonan cobardemente los mismos ministros suyos, los mercaderes de más fama y riqueza y aun los más ancianos guerreros, los más respetables *yaoyisques?*

En vano el príncipe Tizoc había hecho solemne promesa á su pueblo de celebrar con majestuosos sacrificios su exaltación al trono del reino *mexica*, imitando, si superar no pudiera, la magna consagración que los sacerdotes ha-

bían de conservar perpetuamente de su antecesor el gran Moctecuhzoma Ilhuicamina; en vano tanta esplendidez en los preparativos para emprender la campaña tradicional y sacra... ¡Lo más florido de sus ejércitos, lo más magnífico de su corte, había temblado al atravesar los desiertos de las selvas del Sur.

¿Le vieron pusilánime?... ¿Comprendieron acaso en la sombría actitud del pensativo y taciturno *Tecuhtli* su espíritu enfermo amenazado por crueles presagios?... ¿Los sacerdotes intentaban derribarle, desprestigiándole en sus empresas marciales, del trono augusto que pronto debía ocupar?

¡Quién sabe!... ¡Quién sabe! Las tradiciones son innumerables; las tiras geroglíficas se multiplican, los monolitos con sus diversas inscripciones que se contradicen, vagas unas, complicadísimas otras, no arrojan ninguna luz... plena sombría reina sobre la siniestra deserción que causó la desgracia del infeliz *Tizoc*.

II

Tan solo restan detalles aislados, perdidos eslabones que son, sin embargo, preciosos episodios de sus vidas... y más aún de sus primeras campañas.

Y éste que aquí va á desarrollarse ofrece singular interés... Reanudemos.

Los ejércitos de Tizoc se habían extraviado en la selvas... y el príncipe, más taciturno que nunca vagaba, seguido de unos cuantos caballeros-águilas, compañeros de infancia en el Calmecac... A lo lejos mirábanse bajo la sombra de los altos árboles del monte, los grupos de soldados y mercaderes... Se acercaba el crepúsculo.

—¿Por qué—preguntó Tizoc á un anciano vestido de negra túnica, teñido el rostro tambièn de negro—por qué crees tú que hayan sobrevivido tantas desgracias? Antes

desdeñé tus advertencias; pero ahora necesito que me consueles con tu sabiduría...

III

—¡Oh! mi gran señor... ya me imaginaba tanta desventura... y siempre te lo había advertido... y también los supremos augures que asistieron á tu nacimiento lo predijeron... ¡Tú has tenido horror á la sangre, á nuestras dos principales divinidades que con sangre se alimentan, *Huitzilopochtli* y *Cihuacoatl*... Por eso te declararon pusilánime, indigno, pues, de dirigir un pueblo que por sus dioses y abuelos tiene que sostener sus glorias y magníficos destinos por medio de la guerra, perpetua y sin misericordia; guerra que alimente á sus padres y reyes, guerreros, pueblo, comercio y sacerdocio... ¡*Cihuacoatl* y *Huitzilopochtli* tienen una eterna sed de sangre, príncipe Tizoc, y tú lo has olvidado... He allí la causa de este desastre... No pienses más, no sueñes y te abstraigas; obra, fulmina á los que no sean de nuestra raza, toma prisioneros y sacia la sed de nuestros dioses, Tizoc!

IV

Y como éste continuase inmóvil y abstraido, el anciano sacerdote, agitando su negra vestidura, continuó así en solemne, trágica entonación:

—¿Has olvidado, gran *Tecuhtli*, sobrino del terrible y exelso *Moctecuhzoma Ilhuilamina* lo que no ignoran los más niños educandos del *Tepuscalci*?

—¡Bien sabes la historia de *Gihuacoatl*!... Barría el templo del dios, cuando encontró las plumillas de rara belleza; las guarda bajo el *huipilli* y cuando las busca, ya han desaparecido... Pasan varias lunas cambiantes y habiendo resultado en cinta sus hijas, furiosamente celosas alzan sus armas contra ella que al aprestarse á morir, escucha

de súbito con íntima alegría y hondo pasmo, una voz de sus entrañas brotada, clamando:

—«¡Madre, yo te libraré para gloria nuestra, no temas!»

—Es el instante en que se acercan los hijos para consumar el parricidio, llevando al frente á su hermana *Coyolauhqui*, más tremendamente erguido brota *Huitzilopochtli*; con una rodela en la mano izquierda, en la derecha una lanza azul, el rostro también luciendo hermoso color azul.

¡Encienden la *tea-culebra* y con ella se lanza sobre los hijos, matándoles á todos!

¿Y no ha de ser venerada por nosotros Cihuacoatl que es la madre del dios de la guerra?

Por eso *Ixcoatl*, después de sus espléndidas victorias, mandó magníficos *teocallis* á la diosa que simboliza la patria!...

V

Tenía razón el sacerdote al expresarse así delante del príncipe cobarde que tanto descuidaba el culto de *Coauhtlique* ó *Gihuacoatl*, cuyo templo en *Tenochtitlán* se hallaba al lado del de *Huitzilopochtli* y el de *Tezcatlipoca*.

Su estátua era de piedra, abría la boca y mostraba dientes amenazadores, llevando sobre la espalda suelta cabellera que caía sobre blanca túnica. Allí se erguía siniestramente en una amplia sala en plena sombra, á la que se entraba por un pórtico tan bajo, que los ancianos sacerdotes tenían que acercarse arrastrándose como culebras...

En la misma sala se encontraban alineados respetuosamente, sus hijos, últimos los demás dioses... En la antesala dos sacerdotes eternamente vestidos de negro, velaban, relevándose para conservar vivo el fuego perpétuo...

VI

—Bien debes saber—continuó el airado anciano, que se dirigia en el campamento al príncipe Tizoc—que nosotros

cada ocho días vamos á advertir al Tecuhtli que la madre Diosa tiene hambre y sed para que nos entregue un cautivo que fuese digno y grato alimento de la terrible divinidad, cuyos muslos devora el pueblo para santificarse y fortalecerse... ¿qué objeto tuviste, pues, al emprender esta campaña que tan desdichadamente principia, si no traer víctimas...?

También sabes que las doncellas del Calmecac preparan para ella diariamente los manjares más exquisitos... Recuerda al bravo Tlacaebel, hermano de Moctecuhzoma, mira cómo ambos obtuvieron triunfos espléndidos y amplias conquistas, porque fueron gratos á la diosa, madre de Huitzilopochtli, como estrella de la mañana, nuncio de prosperidad fecunda y larga!... ¡Fuego, rojo fuego purificador necesitan los dioses para mostrarnos el camino de los enemigos, que no faltarán *yaoyisques*, que traigan la primer víctima necesaria para que el gran Tonatiuh te devuelva el valor que te falta!...

VII

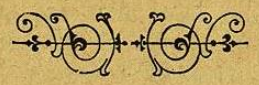
Tizoc alzó entonces la frente y con serena cólera respondió al audaz y negro anciano que con tanta dureza le había increpado:

—¡No me falta el valor!... Si me repugna la sangre es porque amo mejor la serena paz de la Naturaleza, porque lo mismo que nuestra raza, puede haber otra sanguinaria y terrible, que siendo más fuerte, pudiera arrancarnos nuestros padres, mujeres, hijos y riqueza, arrebatándonos la patria... Algo negro como el *ulli* que unta tu faz, he soñado para el porvenir de mi raza...

¡Mas no es que me falte el valor y hoy mismo, yo, solo y armado con simple rodela y macana, iré al encuentro de los enemigos y yo personalmente traeré la primera víctima, para que en este mismo desierto sea sacrificada por el fuego purificador que haga ver á mis ejércitos que no

soy cobarde, sino que me duelo de las crueldades de la fuerza, porque temo de esa misma, para la patria, feroces represalias!... Espera.

VIII

Tizoc cumple su palabra; torna vencedor trayendo la víctima prometida que es sacrificada por el fuego, atado al tronco de un árbol...

La victoria coronó sus armas; pero el carácter taciturno del tecuhtli Tizoc, le hace impopular y envuelve su reinado en sombría noche de misterio.